

Joyce Carol Oates

Delatora



¿Qué debería prevalecer: la lealtad familiar o la lealtad a la verdad? ¿Alguna vez es un error decir la verdad, hay algún momento en que mentir a la familia esté justificado? ¿Se puede hacer lo correcto y que toda la vida nos lamentemos por ello?

Delatora está protagonizada por Violet Rue Kerrigan, una joven que recuerda su vida después de que, con doce años, ofreciera su testimonio sobre el asesinato racista de un niño afroamericano por parte de sus hermanos mayores y la apartasen de su familia. En una sucesión de episodios recordados de un modo casi palpable, Violet analiza las circunstancias de su vida como la menor de siete hermanos, una niña en su momento querida, que inadvertidamente «delata» a sus hermanos, dando pie a su arresto, su condena y a su propio distanciamiento.

Esta conmovedora novela dibuja una vida de destierro — destierro respecto a los padres, a los hermanos, a la Iglesia — que obliga a Violet a reconstruir su propia identidad, romper el poderoso embrujo de la familia. Un largo exilio como «delatora» para llegar a una vida transformada.

Índice

Parte I

Delatora

El presagio: 2 de noviembre de 1991

Repudiada

La infancia feliz

¡Los mejores besos!

Necrológica

«Los chicos son como son»

Dar la vida

«Accidente»

El Pegador de Louisville

La hermana pequeña

La promesa

Sitiados

Dado que...

El rescate

El secreto I

El secreto II

La última confesión

«¡Jesús bendito!, ¿qué ha hecho Violet *ahora?*»

La revelación

El bate

Refugio

Fugitiva

Parte II

«Rezo por ti, Violet»

Exilio

Sonámbula

El iceberg

Cara de Nabo

Hermanas

«Mister Sandman Bring Me a Dream»

«Cochina»

El acosador: 1997

«No te quieren aquí»

Cochina

«Violet, ¡hasta la vista!»

Parte III

La cicatriz

La madriguera

Día de San Valentín

Mantenerme viva

Dinero negro

Delatora a la espera

Virgen afligida

Condenado perrito

Lengua

Inquietante

Primeros auxilios

«Llegar al límite»

El malentendido

El regreso

En el jardín de mi madre

Perdón

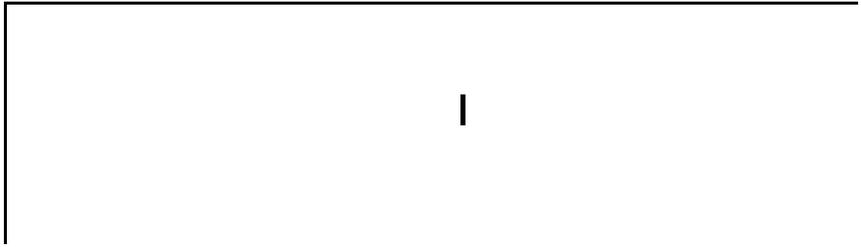
La hermana culpable

Howard Street

Hogar

Notas

*Para mi amiga Elaine Showalter
y para mi marido y primer lector, Charlie Gross.*



Delatora

Desaparece. Vete al infierno, ¡chivata!, ¡delatora!
No vas a tener más oportunidades de delatar a nadie.
Como lo oyes, no se te dará otra oportunidad.
No has tenido más que una, la primera.

El presagio: 2 de noviembre de 1991

No se me olvidará nunca: el agua negra y maloliente en el río cerca de la orilla, del color de la berenjena podrida, cuando la vimos aquella mañana camino del instituto y nos detuvimos para mirarla más despacio.

En el puente de Lock Street, mientras lo cruzábamos por la acera para los peatones. Y allí, justo debajo, el río atronador (de un intenso azul cobalto en días despejados y gris metálico en los nubosos) parecía haber cambiado de color cerca de la orilla y se había vuelto de un morado oscuro, con un olor semejante al del aceite para motores, agitando y alzándose como serpientes, ofidios gigantes que se estremecían, algo que no te gustaba mirar pero de donde no lograbas apartar los ojos.

Mi hermana Katie me dio un codazo mientras arrugaba la nariz para protestar por el olor.

—¡Venga, Vi'let! Vámonos de aquí.

Me inclinaba sobre la barandilla, mirando hacia el río. Tratando de ver... ¿De verdad eran *serpientes*? ¿De siete a diez metros de largo? Las escamas, un brillo parpadeante de un morado intenso. El espectáculo resultaba tan aterrador que empecé a temblar, presa de convulsiones. El hedor me estaba mareando y dando arcadas.

Hasta donde nos alcanzaba la vista corriente arriba, el agua morada y aceitosa iba llegando en oleadas cerca de la orilla, aunque el resto del río se mantuviese de un color pétreo, estruendoso y encrespado: se trataba del río Niágara,

precipitándose hacia sus cataratas a unos once kilómetros al norte.

Corrimos por la acera para salir del puente. No volvimos la cabeza para ver si las gigantescas serpientes nos perseguían.

Yo tenía doce años. Aquella fue la mañana del último día de mi infancia.

(No fueron imaginaciones nuestras. En el río, el agua morada y aceitosa que era como un revoltijo de serpientes había sido una realidad.

Ciudadanos de South Niagara que habían advertido el fenómeno informaron sobre él, preocupados. Se contabilizaron muchas llamadas a las autoridades locales y al 911.

Esa tarde, en la primera página del *South Niagara Union Journal* apareció la lacónica explicación de que el exceso de vertido de fango en el río esa mañana había sido el resultado de *tareas rutinarias de mantenimiento de las cuencas de sedimentación de aguas residuales, a cargo de la Compañía de Gestión de Aguas del Condado de Niágara, y en ningún caso motivo de alarma.*

¿Qué quería decir aquello? ¿De qué fango hablaban?

Cuando nuestro padre leyó aquel suelto en el *Journal*, se echó a reír.

—«Rutinarias», «sedimentación»; «en ningún caso motivo de alarma». Esos hijos de puta nos están envenenando, eso es lo que significa).

Repudiada

Hubo una época en que yo era la favorita de papá, de entre sus siete hijos. Antes de que algo terrible sucediera entre nosotros, algo que todavía estoy tratando de solucionar.

Fue en noviembre de 1991. En aquel momento tenía doce años y siete meses.

Mi padre me mandó al exilio. ¡Trece años exiliada! Puede que para un adulto no sea mucho tiempo; para una adolescente es toda una vida.

¿Quién es la niñita de papá?

Violet Rue. ¡La pequeña Violet Rue!

Cuando era una mocosa, papá me besaba en la nariz (muy chata) y conseguía hacerme chillar. Me levantaba con sus brazos musculosos y fingía lanzarme al aire, de manera que me asustaba, pero sin llegar a quejarme, porque a papá no le gustaban las niñas *miedicas*.

Había apasionamiento en todo aquello, en el levantarme a pulso, en la vehemencia de las palabras. Un delicioso aroma ardiente, el aliento de papá, feroz e inconfundible, aunque yo no tenía ni idea del porqué, no tenía ni idea de que había estado bebiendo (whisky), pero sabía que aquella ferocidad era el verdadero aliento del *padre*, el aliento del *varón*.

¿Cómo está mi pequeñina? No le tienes miedo a tu papá, ¿verdad que no?

Más te vale, ¡porque papá quiere con locura a su pequeña Violet Rue!

En otro tiempo, antes de que yo naciera, Miriam, la mayor de mis hermanas, había sido la favorita de papá. Después lo fue mi hermana Katie.

Pero más adelante la favorita pasó a ser Violet Rue. Y ya no hubo más cambios.

Porque yo era la pequeña, la benjamina de la familia Kerrigan.

La última en nacer. La más querida.

Fue el mismo papá quien eligió mi nombre: *Violet Rue*. Un nombre que aseguraba haber oído en una canción irlandesa que le obsesionaba de pequeño.

Se decía que *Violet Rue* había sido consecuencia de un embarazo accidental —un embarazo «tardío»—, aunque para las personas religiosas nada puede ser del todo accidental.

Todos los seres humanos tienen un destino especial. Todas las almas son inestimables para Dios.

La familia es un destino especial. La familia en la que has nacido y de la que no existe escapatoria posible.

¡Tu madre estaba encantada! Una hermosa niña para ocupar el sitio que dejaban los que ya estaban creciendo y se alejaban de ella, y en especial los hijos varones a los que apenas se atrevía a tocar, las mejillas primero aterciopeladas y más tarde hirsutas, el calor de la piel, el rostro ferozmente enrojecido cuando ella no tenía intención de sorprenderlos, al abrir una puerta sin llamar antes, distraída: Lo siento, no creía que hubiera nadie... Tus hermanos mayores, que apartaban la mano de mamá hasta cuando llegaba a tocarlos por pura casualidad.

Un bebé al que querer. Una niñita a la que adorar. El inmenso placer de recibir un amor absoluto y sin reservas cuando creías que nunca volvería a suceder...

Por supuesto, Lula estaba encantada.

Por supuesto, Lula estaba deshecha. Dios santo, no, Jesús, no.

Apenas se había recuperado del último embarazo; había decidido que ese sería el último. Treinta y siete años, demasiado mayor. Quince kilos de sobrepeso. Tensión alta, tobillos hinchados. Infección renal. Varices como telarañas de tinta en los muslos, carnosos y pálidos como una pechuga de pollo.

Y el varón, el marido de origen irlandés, alto y apuesto. Que apartaba los ojos, sin querer ver el blanco vientre hinchado, los muslos flácidos, los pechos como ubres de vaca.

¡La culpa la tenía él! Aunque mi padre se la pasaba a ella.

Le reprochaba en privado desde hacía años que era ella quien había querido tener hijos, y resultaba inútil recordarle que también él los había querido, lo orgulloso que se había sentido, los primeros bebés, sus primeros hijos, maravillado y presumiendo ante sus amigos a todas horas de que los estaba alcanzando, maldita sea, e incluso ante su padre, el pobre desgraciado al que no soportaba, igual que el viejo cascarrabias tampoco lo soportaba a él.

Y Lula había sido una mujer hermosa. Con un cuerpo que cautivaba a su marido. Piel delicada, pechos blancos asombrosamente suaves, la curva del vientre, las caderas. ¡Había estado loco por ella! Como bajo un encantamiento. Los primeros años.

Seis embarazos. Sin querer reconocer (excepto a su hermana Irma) que quizá, pensándolo bien, eran por lo menos dos embarazos de más. Y luego el séptimo...

Después del primero, su cuerpo empezó a cambiar. Después del segundo y del tercero. Y ya después del cuarto empezó a rebelarse. En el cuello del útero se descubrieron pólipos que (a Dios gracias) resultaron ser tumores benignos y fue posible eliminarlos sin dificultad. Otra infección renal. Tensión más alta, tobillos hinchados. El médico

aconsejó la interrupción del embarazo. Pero Lula nunca lo habría consentido. Ni tampoco Jerome.

Esa opción no estaba sobre la mesa. Ni ante los demás ni en privado. Mis padres eran católicos, eso bastaba. No se hablaba de ciertas cosas y para muchas de ellas tampoco existían, en cualquier caso, las palabras adecuadas.

Igual que los jóvenes iban a la guerra sin hacerse preguntas. No había nada que preguntar, no era esa la imagen que tenías de ti mismo.

Las semanas, los meses en los que tu madre pasaba la mayor parte del día tumbada. Aterrada ante la posibilidad de un aborto espontáneo y aterrada al pensar que podía morir. Rezaba para que el bebé naciera sano y pedía a Dios seguir con vida, y fue así como Lula Kerrigan no solo perdió su atractivo (algo que hasta entonces daba por sentado) sino que pasó a estar permanentemente asustada y ansiosa; se volvió supersticiosa. Buscaba «señales»: que Dios tratara de decirle algo especial sobre ella misma y sobre la criatura que le crecía en el vientre.

Una «señal» podía ser algo vislumbrado a través de una ventana: la figura de un ángel gigantesco en las nubes. Una «señal» podía ser un sueño, un estado de ánimo. Una premonición repentina.

En las últimas etapas del embarazo, nadie conseguía convencerla para que saliera de casa. Tanta era la tripa, tal el constante jadear y los ojos desorbitados. Comía con voracidad hasta ponerse mala. Seguía engordando. A sabiendas de que a su marido le repugnaba su cuerpo, aunque (por supuesto) (como cualquier marido culpable) Jerome lo negara. Lo último que Lula Kerrigan quería era exponerse a las miradas de otras mujeres que se mostrarían implacables, burlonas.

Dios mío. ¿Esa es... Lula Kerrigan? ¡Parece un elefante! ¿No se da cuenta de que va montando un número al exhibirse así?

Manifestaciones de desprecio que oírías a lo largo de tu infancia y adolescencia: *montar un número, exhibirse*. La peor acusación de una mujer contra otra.

Se exhibe como si fuera la reina del mambo.

Eso es lo que se echaba en cara a mujeres y jovencitas que se exhibían: su cuerpo. Sobre todo si ese cuerpo era a todas luces imperfecto: si estaban demasiado gordas. Presentándose en público cuando deberían avergonzarse de su aspecto o, por lo menos, ser conscientes de su deformidad. Nunca se acusaba de manera parecida a hombres o muchachos.

No parecía existir equivalente masculino para *montar un número*, para *exhibirse*.

Como tampoco —algo que descubrirías más adelante— existe equivalente masculino para *zorra*, para *furcia*.

La infancia feliz

Éramos siete: Jerome hijo, Miriam, Lionel, Les, Katie, Rick y Violet Rue, «Vi'let».

—¡Cielos! Todo un pelotón.

Papá nos miraba con una expresión de divertido asombro, como un personaje de tira cómica.

Pero (por supuesto) estaba orgulloso de nosotros y nos quería incluso cuando tenía que castigarnos. (Lo que no sucedía con frecuencia. Al menos con sus hijas).

Sin embargo, algunas veces *recurría a las manos* con nosotros. Un buen zarandeo violento, que hacía que la cabeza se te bamboleaba sobre el cuello y los dientes te castañeteaban; ese era más o menos el límite con mis hermanas y conmigo. En cuanto a mis hermanos, era sabido que papá los castigaba de otra manera. Una vez puesto en pie, *atizaba*. (Pero solo con la mano abierta, nunca con el puño. Ni tampoco con un cinturón ni con un bastón). Lo que más daño hacía era el enfado, la indignación de papá. La expresión de profunda decepción, de repugnancia. *Cómo demonios has podido hacer algo así. Cómo esperabas librarte del castigo después de algo así*. La expresión en los ojos de papá; eso era lo que me hacía desear alejarme de allí a rastras y morirme de vergüenza.

Los niños necesitan *disciplina*. Tan solo algo que todo buen padre responsable ha de hacer para manifestar su amor.

Por supuesto, el padre de nuestro padre lo había disciplinado a él. Nueve vástagos revoltosos en una familia ca-